

Heda Margolius Kovály
Bajo una estrella cruel
Una vida en Praga (1941-1968)

Traducción de Luis Álvarez Mayo

Primera edición, 2013

Título original: *Under a Cruel Star. A Life in Prague 1941-1968*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Heda Margolius Kovály, 2013

© de la traducción, Luis Álvarez Mayo, 2013

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta y de la autora: © Archivo familiar de los Margolius

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-15625-26-1

Depósito legal: B. 2.180-2013

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para Ivan

Tres fuerzas modelaron el paisaje de mi vida. Dos de ellas aplastaron a medio mundo. La tercera era muy pequeña y débil y, en realidad, invisible. Era un pajarillo tímido, escondido entre mis costillas, unos pocos centímetros por encima de mi estómago. A veces, en los momentos más inesperados, el pájaro se despertaba, alzaba la cabeza y sacudía las alas como en éxtasis. Entonces, yo también alzaba la cabeza, pues en ese preciso instante sabía a ciencia cierta que el amor y la esperanza son infinitamente más poderosos que el odio y la furia, y que en algún lugar más allá de la línea de mi horizonte estaba la vida, indestructible, siempre triunfante.

La primera fuerza fue Adolf Hitler; la segunda, Iósif Vissariónovich Stalin. Ellos hicieron de mi vida un microcosmos en el que se condensa la historia de un pequeño país en el corazón de Europa. El pajarillo, la tercera fuerza, me mantuvo con vida para poder contar esa historia.

Llevo el pasado dentro de mí plegado como un acordeón, como uno de esos libros de postales, pequeños y elegantes, que la gente trae como recuerdo de ciudades

extranjerías. Pero basta con que se levante una esquina de la postal de arriba para que se escape una serpiente sin fin, zigzagueante, la silueta de la víbora, y al instante todas las imágenes se presenten ante mis ojos. Se quedan allí, se definen y entonces un momento de ese pasado lejano se atasca en la maquinaria de mi reloj interior, que se detiene, pierde el compás y se le escapa una parte del presente, irremplazable e irrecuperable.

La deportación en masa de los judíos de Praga comenzó dos años después del inicio de la guerra, en otoño de 1941. Nuestro convoy salió en octubre, y desconocíamos nuestro destino. La orden era presentarse en el Salón de Exposiciones y llevar comida para varios días y un equipaje mínimo. Nada más.

Cuando me levanté aquella mañana, mi madre se volvió hacia mí desde la ventana y me dijo, como una niña: «Mira, ya casi ha amanecido. Y yo que pensaba que el sol no iba a querer salir hoy».

El Salón de Exposiciones parecía un manicomio medieval. Salvo contadas excepciones, casi todo el mundo tenía los nervios a punto de estallar. Algunas personas que se encontraban gravemente enfermas y que habían sido transportadas en camilla murieron allí mismo. Una tal señora Tausig se volvió loca de remate, se quitó la dentadura postiza y se la tiró a nuestro amo y señor, el *Obersturmbannführer* Fiedler. Había bebés y niños pequeños que lloraban sin cesar, y justo al lado de mis padres un hombre calvo y gordo tocaba el violín sentado encima de su maleta, como si la locura que le rodeaba no tuviese nada que ver con él. Tocaba el *Con-*

cierto en re mayor de Beethoven, ensayando los mismos pasajes una y otra vez.

Deambulé entre aquellos miles de personas buscando rostros familiares. Así fue como lo vi por primera vez. Hasta hoy, creo que es el hombre más apuesto que he visto en toda mi vida. Estaba sentado, sosegado y erigido, sobre un baúl negro con herrajes de plata, llevaba un traje oscuro, camisa blanca y corbata gris, y un abrigo negro rematado por un sombrero de fieltro del mismo color. Sus manos, finas y delicadas, reposaban sobre el mango de un paraguas, tan bien enrollado, que parecía un palillo. En medio de aquel caos, entre toda esa gente vestida con jerséis, gruesas botas y chaquetas de esquí, tenía un aspecto tan fuera de lugar como si estuviera sentado ahí desnudo.

Sorprendida, me detuve, y él se levantó. Con una leve inclinación de cabeza y una sonrisa, me ofreció asiento junto a él sobre el baúl. Era profesor de filología clásica en Viena. Tras la anexión de Austria por parte de los nazis, se había refugiado en Praga, donde los alemanes le habían vuelto a alcanzar. Cuando le pregunté por qué no se había vestido de una manera más práctica para aquel viaje hacia lo desconocido, respondió que siempre se vestía del mismo modo y que le desagradaba la idea de cambiar sus costumbres por obligación. En cualquier caso, dijo, le parecía fundamental mantener la calma, *rebus in arduis*. A continuación, empezó a hablar de literatura clásica y de la Antigua Roma. Lo escuché embelesada. A partir de entonces, lo busqué siempre que tenía ocasión, y él siempre me recibía con su educada sonrisa y, aparentemente, también con placer.

Dos días más tarde nos subimos al tren. Aunque en los dos años siguientes iba a experimentar traslados infinitamente más penosos, aquel me pareció el peor por ser el primero. Si todo comienzo es duro, el comienzo de la desgracia lo es todavía más. Aún no nos habíamos acostumbrado al sonido de disparos seguido de gritos agónicos, ni a la sed insoportable ni al aire sofocante de los abarrotados vagones de ganado.

Al llegar a Łódź, nos recibió una tormenta de nieve. Aún era octubre, pero en los tres años que pasé allí no volví a ver un temporal como aquel. Salimos de la estación, caminando contra el viento con dificultad y, por primera vez, vi gente muriéndose de hambre, niños pequeños casi desnudos y descalzos sobre la nieve.

Unos días después, deambulando, acabé en un sótano. Los jóvenes de nuestro convoy estaban sentados en el suelo en torno a una lámpara de queroseno, y alguien tocaba canciones populares checas con una armónica. En el techo abombado, la lámpara proyectaba largas sombras de formas extrañas, lo que hacía que pareciese la bóveda de una catedral. Permanecí en el umbral y pensé: ahora debería aparecer un ángel y dejar una marca de sangre en la frente de todos aquellos que morirán aquí.

El campo de concentración de Łódź, cuyo nombre oficial era el de gueto de Litzmannstadt, en realidad formaba parte de los suburbios de la ciudad: una barriada desolada rodeada por un muro de tablones y alambradas. Durante un tiempo, la gente de nuestro convoy permaneció junta en uno de los pocos edificios intactos del gueto, y pude ver a mi profesor de vez en cuando. Unas semanas más tarde llegó otro convoy y recibimos órdenes de trasladarnos. Nos repartimos por las edificacio-

nes ruinosas, habitadas ya entonces por cerca de cien mil judíos polacos que vivían en condiciones inimaginables, y perdimos el contacto.

Una de las personas de nuestro convoy era un médico de familia, un caballero maravilloso, ya anciano, que me conocía desde que nació. Tenía entonces más de setenta años, pero todos los días salía a caminar por las estrechas calles del gueto con paso firme, bastón en mano, en busca de aquellos que necesitasen su asistencia. Por desgracia, los medicamentos escaseaban. Sin embargo, él decía que a menudo la simple visita de un médico ya hacía que el paciente se sintiese un poco mejor. Me alegró que aceptase mi propuesta de ayudarlo. Íbamos los dos juntos de cuchitril en cuchitril, subiendo miles de peldaños, y a menudo éramos incapaces de ofrecerle al enfermo nada más que el consuelo de unas pocas palabras amables. Con frecuencia yo tenía que traer un cubo de agua y adecentar al paciente antes de que el médico lo examinase.

Un día entramos en una habitación casi vacía, pero inmaculadamente limpia, en la que había una criatura recostada sobre un montón de trapos: un niño de cuatro años, apenas un esqueleto de enormes ojos. Su madre, tan delgada que también parecía una criatura, lloraba en silencio en una esquina. El médico sacó su estetoscopio, escuchó un momento, acarició la cabeza del niño y suspiró; no podía hacer más. En ese momento, el niño se dirigió a su madre y, hablándole muy serio, como si fuese un adulto, le dijo:

—¿Lo ves, madre? Ya te decía yo que tenía hambre, pero no me dabas nada de comer. Y ahora me voy a morir.

Cuando nos íbamos, nos detuvo una mujer mayor, que nos pidió que entrásemos en el edificio de al lado.

Nos dijo que allí había un hombre enfermo al que nadie veía desde hacía varios días. El edificio estaba vacío, partido en dos por una grieta que iba desde el tejado hasta el sótano, y parecía a punto de derrumbarse. Nos llevó bastante tiempo dar con la única habitación que aún tenía puerta. Llamamos con los nudillos, pero no hubo respuesta. Entonces el médico abrió la puerta y entramos. Sobre la estrecha franja de suelo vimos un colchón desgarrado. En una esquina había un montón de trapos sucios y desperdicios; junto al colchón, una maleta medio llena de libros. Sobre el colchón yacía un hombre muerto, con el cuerpo cubierto de miles de gruesos gusanos blancos. También se arrastraban por el rostro de la Venus de Milo, que sonreía serenamente desde una página del libro abierto sobre el pecho del hombre. El libro se le había caído de la mano al expirar.

Me incliné sobre él. Era mi profesor.

—Solo lleva muerto unas horas —dijo el médico.

Aproximadamente un año más tarde, oí la sirena del único camión de bomberos del gueto. Aunque eso ocurría casi a diario, por alguna razón supe que el incendio era en la casa donde yo vivía. Estaba terminantemente prohibido abandonar el puesto de trabajo, pero me escapé y corrí pegada a las paredes hasta el lugar medio derruido donde nos alojábamos. Llegué sin aliento, y encontré tan solo a mi madre, metiendo algunas cosas imprescindibles en una maleta. Mi padre llegó corriendo un momento después, y aunque por aquel entonces ya estaba bastante débil, comenzó a ir de un sitio a otro intentando ayudar. Mi primo Jindřišek yacía en el suelo hecho un ovillo, inmovilizado por una tuberculosis que le había invadido casi todos los órganos del cuerpo. Sus

ojos, negros y desesperados, seguían todos nuestros movimientos. Los bomberos rodearon la casa. Había mucho humo y se escuchaban gritos. El frío era intenso y no había agua corriente, pero la gente no se dejó llevar por el pánico. Incluso en aquellas circunstancias prevalecía la resignación. Recuerdo haber arrastrado afuera dos maletas con la ayuda de mi padre; hice que mi madre se sentase sobre ellas envuelta en unas mantas y volví a la casa a buscar a Jindřišek.

Los bomberos no querían dejarme entrar. Uno de ellos vino hacia mí para golpearme con una porra y, mientras mi padre intentaba detenerlo, me deslicé de nuevo al interior. Jindřišek intentó levantarse, pero era incapaz. Empecé a chillarle, rabiosa y desesperada. Me puse uno de sus brazos alrededor del cuello —pensaba muchísimo para tratarse de alguien que solo era piel y huesos— y comencé a arrastrarlo hacia el exterior, gritándole todo el tiempo, intentando contagiarle mi voluntad y mi energía. Más allá del umbral. A través del patio. A través de la calle. Se hundía más a cada paso, pero llegamos allí y se derrumbó exhausto sobre otra maleta. Mi madre lo tapó y colocó su cabeza sobre su regazo. Mi padre y yo permanecemos de pie junto a ellos, y yo escondí la cara en el hombro de mi padre.

Por fin se pudo controlar el fuego, y volvimos a arrastrar las maletas hacia la casa. Entonces la gente comenzó a prestarse ayuda, agotada por el esfuerzo y la excitación. Una vez que todo estuvo en su sitio de nuevo, puse a calentar una olla grande llena de agua. Jindřišek estaba acostado en el suelo con la cabeza vuelta hacia la pared, los ojos cerrados y una leve son-

risa en la cara. Me desvestí lentamente, me restregué la piel hasta limpiarla, me peiné, me vestí de nuevo, me limpié los zapatos y luego volví sin prisa al trabajo.

Jindřišek murió unas tres semanas después. Una tarde, al regresar a casa, mi madre me dijo en susurros que le había pedido que le cantase el himno nacional checo, «¿Dónde está mi hogar?», y una canción popular titulada «¿Adónde se han ido mis días de juventud?». Me senté en el suelo junto a él. Estaba en coma. Traté de introducirle unas cucharadas de comida en la boca y, a pesar de estar inconsciente, su ansia de comida era tal, que mordía la cuchara y no la soltaba. Tenía que hacer fuerza para poder sacársela. Deslicé las manos bajo su cabeza y su espalda, y lo abracé. Dejó de respirar a los pocos minutos.

Mi madre rezó, pero yo no le veía el sentido a rogarle a Dios por alguien que había muerto a los dieciséis años después de tanto sufrimiento. No hay nada más absurdo ni cruel que morir antes de ser culpable de pecados que pudieran justificar la muerte. Durante mucho tiempo después, me pareció sentir aquellos ojos negros y anhelantes mirándome desde la esquina que ocupaba Jindřišek en el suelo de la habitación.

A veces pienso que cuando la gente dice que «todo pasa» no sabe de lo que está hablando. El verdadero pasado es en lo que estaba pensando Jindřišek mientras yacía en su esquina y me veía salir afuera, al sol y al frío. Es lo que se le pasaba por la cabeza a mi madre cuando le cantaba «¿Dónde está mi hogar?» a su sobrino moribundo tras el alambre de espino del gueto de Łódź. El verdadero pasado está encerrado en sí mismo, y no deja recuerdos.

Parece imposible creer que en Checoslovaquia, tras el golpe de Estado comunista de 1948, la policía volviera a pegar y torturar a la gente y que existiesen campos de prisioneros sin que lo supiéramos; si alguien nos hubiese dicho la verdad, nos habríamos negado a creerla. Cuando las emisoras extranjeras como Radio Free Europe o la BBC discutían esas cuestiones, pensábamos que era una prueba más de cómo los «imperialistas» mentían acerca de nosotros. Tuvimos que recibir de pleno el impacto del terror estalinista de la década de los cincuenta para abrir los ojos.

A un régimen totalitario no le resulta difícil mantener a la gente en la ignorancia. Una vez que has sacrificado tu libertad en nombre de la «conciencia de la necesidad» o de la disciplina del partido, la conformidad con el régimen, la grandeza y la gloria de la patria o cualquier otro concepto similar, de esos que se ofrecen tan fácilmente, ya has cedido el derecho a la verdad. Poco a poco, gota a gota, tu vida comienza a abandonarte, igual que si te hubieses cortado las venas; te has condenado voluntariamente a la impotencia.

En el último campo de concentración en el que estuve durante la guerra, trabajábamos en una fábrica de ladrillos, lejos del campo. Era el final del otoño y hacía un tiempo hermoso, aunque frío. Por las mañanas, cuando nos poníamos en fila para pasar lista, antes del amanecer, una gruesa capa de escarcha cubría el suelo. No se descongelaba hasta después del mediodía. No llevábamos más que unos vestidos cortos de arpillera; ni zapatos ni ropa interior. Solíamos recoger los trozos de papel que nos encontrábamos en nuestro puesto de trabajo, en especial los gruesos sacos de cemento vacíos. Aunque estaba terminantemente prohibido, nos los poníamos bajo el vestido para congelarnos un poco menos. Se tardaba dos horas en pasar lista cada mañana. Después caminábamos hasta un peculiar trenecito compuesto por vagones plataforma, cada uno de los cuales tenía dos largos bancos sujetos a un suelo de madera. El trayecto hasta el trabajo duraba una hora. Después había un camino a pie de media hora hasta llegar a la fábrica, doce horas de pasarnos ladrillos unas a otras, el trayecto de regreso al campo, pasar lista otra vez, un poco de sopa de nabo, una rebanada de pan y una breve noche inquieta.

Para la mayoría de las chicas, lo peor de todo era el trayecto en tren. Durante esa hora pasábamos tanto frío que, cuando al fin llegábamos a nuestro destino, más bien nos caíamos del tren en lugar de apearnos de él. Necesitábamos que pasase la mitad del día para entrar un poco en calor. Pero a mí me encantaban aquellos trayectos. Las vías atravesaban una zona en la que habían construido todo un complejo industrial. En muchos lugares surgían nubes de vapor del suelo, y fantásticas tuberías retorcidas salían de entre la tierra de los

bosques, recubierta de musgo. Ya estaba amaneciendo, y como siempre había una densa niebla pegada al suelo, los rayos del sol la atravesaban y teñían la neblina de una gama de intensos tonos rosáceos, de naranja, dorado y azul. De entre ese vapor reluciente emergían las oscuras formas de los árboles y los arbustos, que avanzaban hacia nosotras y se desvanecían de nuevo. Algunos grupos de árboles me parecían particularmente hermosos, y siempre los buscaba con la vista. Todavía recuerdo un pequeño abeto que descansaba sobre un montículo con las raíces fuera de la tierra, mientras otro, hermoso y simétrico, se erguía recto y solemne por encima de él, como si estuviese haciendo guardia sobre el cuerpo de un camarada caído.

El domingo era el día destinado al trabajo en el campo, pero casi siempre lo hacíamos sin comer ya que el *Kommandant* de nuestro campo había calculado que incluso algo tan barato como un nabo, si se multiplicaba por mil, podía representar una bonita cantidad de dinero en el mercado negro. Así, ayunábamos casi todos los domingos, hasta que la dirección de la empresa para la que trabajábamos se quejó de que la plantilla se desmayaba los lunes y de que su rendimiento no compensaba los costes.

El propietario de la fábrica de ladrillos en la que trabajábamos unas cincuenta chicas era un tipo extraño. Debía de ser de origen ruso o germano-ruso, era flaco, tenía un mechón de pelo blanco y siempre llevaba un blusón ruso sujeto con un cinturón negro. Solía decir que si no trabajábamos duro y ayudábamos al *Reich* a lograr la victoria, vendrían los rusos y nos matarían a todas, lo cual nos hacía muchísima gracia.

Un lunes llegó un cargamento de carbón y se dio la orden de descargarlo a toda velocidad. Los trozos de carbón eran enormes y venían mezclados con piedras; muy pocas de nosotras teníamos la suficiente fuerza como para levantar la pala. Tras unas horas, casi todas las chicas estaban tiradas sobre las montañas de carbón, agotadas y casi inconscientes. Entonces apareció nuestro jefe y comenzó a gritar que qué clase de trabajadoras éramos que ni siquiera podíamos manejar una pala. ¡Con todo el dinero que nos pagaba, y lo único que sabíamos hacer era estar ahí repantingadas!

No sé qué me sucedió en ese momento. El ayuno debía de haberme ablandado el cerebro. Arrojé mi pala al suelo y le grité que cómo se atrevía a chillarnos. Casi todas éramos estudiantes, mujeres educadas. Si esperaba que hiciéramos un trabajo tan duro, ¿por qué no se preocupaba de que nos alimentasen bien y nos tratasen como a trabajadoras? La chica que estaba junto a mí sobre la montaña de carbón me agarró por los tobillos e intentó que me agachase, pero yo seguí gritando como si hubiese perdido el juicio. El jefe me miró fijamente, pero no sacó la pistola ni llamó a los guardias. Para sorpresa de todas, dio media vuelta y se fue. El resto del día transcurrió en medio de un gran nerviosismo mientras todas esperábamos las consecuencias de mi locura. Pero no ocurrió nada.

A la mañana siguiente, se presentó en cuanto agarramos las palas y preguntó: «*Wo ist die Studentin?*». Mi enfado ya se había enfriado, y mientras me llevaba hacia la fábrica de ladrillos estaba muerta de miedo. Pero aquel hombre extraño me anunció en un tono seco y bastante educado que a partir de aquel día trabajaría en

el horno, trayendo el carbón de fuera con una carretilla y atizando el fuego. El mayor sueño de cualquier prisionero de un campo de concentración era trabajar bajo un techo donde hiciera calor. Sin embargo, se trataba de un trabajo para dos hombres fuertes, y yo no podría haberlo realizado sin la ayuda de los trabajadores de allí, prisioneros de guerra franceses, buena gente que me ayudaba y que, a menudo, de hecho, hacían gran parte de mi trabajo.

Una tarde, a última hora, el jefe llegó con dos franceses y les ordenó que me ayudaran a traer un cargamento de carbón. Regresó una hora más tarde, los mandó marchar, me pidió que me sentase junto a él en un saliente de piedra de la pared del horno y me dijo tan solo: «Cuéntame».

No podré olvidar mientras viva aquel lugar cavernoso, las paredes negras en las que se veía el reflejo de las llamas, a aquel anciano vestido de negro que escuchaba y escuchaba y parecía hundirse y encogerse ante mis ojos, como si con cada una de mis frases una parte de él se desvaneciese. Solo en otra ocasión tuve una experiencia similar: con mi propio hijo, cuando finalmente me atreví a contarle cómo había muerto su padre.

Le hablé al anciano del blusón ruso acerca del gueto de Łódź, donde los que limpiaban los pozos negros silbaban melodías de Beethoven mientras trabajaban, y donde cerca de cien mil personas habían sido asesinadas o habían muerto de hambre. Le conté cómo llegaban desde pueblos de Polonia trenes cargados de hombres con la cabeza ensangrentada y mujeres envueltas en chales, y, una vez que se iban los trenes, las mujeres se abrían la ropa y de allí sacaban a sus bebés, algunos

muertos de asfixia, pero otros todavía vivos, a salvo de las bayonetas alemanas. Le conté cómo, a los pocos meses, llegaban los soldados de las ss y arrojaban a esos mismos bebés a bordo de camiones y los conducían a las cámaras de gas. Le hablé de las ejecuciones públicas, de ahorcamientos en los que se dejaba que los cuerpos siguiesen en el cadalso durante semanas para que pudiéramos verlos al pasar; de los cargamentos de ropa ensangrentada que cortábamos en tiras para después fabricar alfombras, a fin de que los soldados de los carros de combate alemanes tuviesen los pies calientes. Cómo, cuando el frente se acercó lo suficiente como para poder oírlo desde el campo, llegó un coronel alemán adornado con cordones dorados, nos reunió y proclamó: «Tenemos que evacuar el gueto ahora, pero no tengáis miedo. Os doy mi palabra de honor como oficial alemán de que no os sucederá nada. Estaréis bien atendidos...», y cómo, una semana más tarde, aquellos que sobrevivieron al viaje a bordo de vagones para ganado cerrados herméticamente atravesaron las verjas de alambre electrificado, directos hacia el humo negro de Auschwitz.

Para entonces, ya me había olvidado de dónde estaba y con quién hablaba. Volví a ver nuestro pabellón de Auschwitz, los barracones que habían sido caballerizas ocupados hasta reventar por un millar de chicas medio enloquecidas y rapadas al cero, que aullaban bajo los látigos como una manada de lobos. Los guardias, tan desquiciados por la furia como las prisioneras por el sufrimiento y el horror, corrían arriba y abajo por el pasillo central del pabellón, azotando con rabia ciega a las que estaban en las literas. Y, por encima de todo eso,

la señora Steinová, de Praga, estaba de pie sobre una tarima, rapada al cero como todas nosotras, cantando el «Aria a la luna» de la ópera *Rusalka*, de Dvořák, por orden del *Kommandant* del pabellón, que había decidido que allí tenía que reinar un ambiente jovial.

Me vi a mí misma, de rodillas durante todo un día y toda una noche, con las rodillas en carne viva sobre aquel terreno arenoso, levantando a las chicas que se desmayaban, porque sabíamos que las que se caían no se volverían a levantar jamás. Fue la vez que una de las chicas intentó escapar. Todo Auschwitz tuvo que permanecer de rodillas hasta que la capturaron y, cuando la apresaron, pasaron lista, le rompieron los brazos y las piernas delante de nosotras, y a continuación la arrastraron hasta el gas.

Pero no le conté gran cosa sobre Auschwitz. El lenguaje humano tan solo puede expresar aquello que la mente puede contener. No se pueden describir los martillazos que le aplastan a uno el cerebro. En lugar de eso, le conté con detalle al anciano el tipo de vida que hacíamos en el campo desde el que llegábamos todas las mañanas a su fábrica de ladrillos. También le conté que algunas chicas habían venido directas desde su casa y que varias docenas de ellas estaban embarazadas. Una tarde las convocaron en el barracón principal y no volvimos a verlas. A la mañana siguiente se organizó un destacamento especial para limpiar los charcos de sangre del suelo del barracón.

No recuerdo qué más le conté. Solo sé que no dijo ni una sola palabra mientras yo hablaba, y cuando escuché las órdenes que nos gritaban desde el exterior para que regresáramos al campo y me levanté para

irme, él continuó allí sentado, encorvado, con la cabeza entre las manos.

Aquel hombre vivía en la Alemania nazi y tenía contacto a diario con un campo de concentración y sus internos, pero no sabía nada. Estoy del todo segura de que así era. Simplemente pensaba que éramos presas, sentenciadas en un tribunal normal y corriente por crímenes probados.